

LA ENVIDIA HISPANICA

Otra vez más voy á referirme al tan sugerente libro *Pueblo enfermo*, del boliviano A. Arguedas, y es que ese pueblo enfermo que Arguedas nos describe no es sólo—creo haberlo dicho—el pueblo boliviano. Este pueblo le sirve de caso demostrativo, pero el enfermo es mucho más amplio.

En la pintura que Arguedas nos da de esas sociedades de tierras adentro, muy internadas, lejos de frecuente contacto vivo con otros pueblos, de esas sociedades provincianas esclavas de la rutina, se echa de ver más de una vez la acción del odio y de la envidia.

“La vida física y moral en todas esas poblaciones y ciudades es—nos dice—monotona, tirada á raya. Priva en ellas una moral surgida, puede decirse, de la uniformidad de costumbres. Hay ligazón sólida entre los habitantes cuyas pasiones son las mismas é idéntica su intelectualidad. Esa vida material sin variaciones ni contrastes, repitiendo siempre los mismos hechos, reglando por calendario los días, fechas y horas de las expansiones y diversiones, con-

cluye por aplastar la imaginación y secar el espíritu. Se forma en las poblaciones una atmósfera de mentalidad ínfima; todo yace sometido al análisis. No hay acto que no caiga bajo el dominio colectivo. La vida privada es objeto de la atención general; cada uno se hace testigo y juez de su vecino. La murmuración y la difamación son armas naturales de combate... En todas las poblaciones de Bolivia, y en unas más que en otras, se observa esa tendencia á oprimir al individuo, hacer pesar sobre él el modo de ser de la ciudad..."

"En todas las poblaciones de Bolivia..." ¿De Bolivia sólo? Esa pintura me hace ver la vida de casi todas las sociedades provincianas, la vida de las sociedades donde no enfrenó á la naturaleza humana un alto ideal que no sea el de hacer fortuna. Esa tendencia á oprimir al individuo es la característica de las sociedades conservadoras, rutinarias y de aquellas en que el lucro y la fortuna son la preocupación constante absorbente.

El respeto al individuo, nacido de la comprensión del individuo, falta en semejantes sociedades. El hombre que es ante todo hombre se gana pronto en ellas el dictado de loco, hasta cuando tienen que soportarle. Eso sí, al cabo—y este cabo es muchas veces después de la muerte—se le hace justicia. Acordaos de Sarmiento. Con respeto, sí, con el respeto que conquista á brazo partido el hombre genial, pero, aunque con respeto, se le llamó loco.

Las gentes de esas sociedades, las que se conocen

unas á otras, han visto nacer y criarse al hombre superior, y con ellos los que hicieron fortuna no se resuelven á reconocer la superioridad ajena. "¿Qué talento puede tener un hombre que no ha sabido salir de pobre?", decía una vez un enriquecido muy bruto. Y son legión los que oyendo decir de alguien que es muy inteligente, preguntan al punto: "¿Cuánto gana?"

En el capítulo IV de su obra, tratando del carácter nacional boliviano, dice Arguedas que en esa sociedad que vive entre grandes diferencias étnicas y desparramada en poblaciones muy distantes unas de otras, lo que antes salta á la vista es el espíritu de intolerabilidad: el odio. El prologuista de Arguedas, Ramiro de Maeztu, ha hecho notar muchas veces que el odio es una de las características más señaladas de nuestra sociedad española provinciana. Aquí nadie puede aguantar á nadie; aquí no podemos aguantarnos á nosotros mismos. "¡Ese hombre me carga!", he aquí una frase—y aun en forma más enérgica, pero que por su grosería no puedo estampar aquí—que oímos á cada paso. Aquí, en general, carga el hombre, el verdadero hombre, el que tiene fisonomía propia. Aquí lo mismo que en Bolivia.

"Todo el que triunfa en cualquier esfera—dice Arguedas—engendra en otros, no sólo odio violento, sino una envidia incontenible, ó mejor, la envidia genera el odio. Aspirase á una nivelación completa y absoluta. Quien sobresale, aunque sea una línea,

sobre un conjunto así moldeado, en vez de simpatía, despierta agresiva irritabilidad.”

¡La envidia! Esta, esta es la terrible plaga de nuestras sociedades; esta es la íntima gangrena del alma española. ¿No fué acaso un español, Quevedo, el que escribió aquella terrible frase de que la envidia está flaca porque muere y no come? Y esta nuestra llaga de abolengo, hermana gemela de la ociosidad belicosa, se la transmitieron nuestros abuelos á los pueblos hispano-americanos y en ellos ha florecido, con su flor de asafétida, creo que aún más que entre nosotros. ¿No conocéis lo que Lastarria escribió sobre la acción de la envidia en el Chile de su tiempo?

Es la envidia, es la sangre de Caín más que otra cosa lo que nos ha hecho descontentadizos, insurrectos y belicosos. La sangre de Caín, sí, la envidia. ¿No fué acaso un uruguayo, Reyles, el que intentó hacer en una novela *La raza de Caín*—una novela llena de páginas intensas y dolorosas—el poema terrible de la envidia?

Somos, colectivamente, unos envidiosos; lo somos nosotros, los hispanos de aquende el Atlántico; lo sois vosotros, los de allende.

“Maliciosos, suspicaces, desconfiados, egoístas, ta-caños—dice Arguedas—; vívese en franca lucha, sin permitir que nadie—fuera de los que en política medran—se sobreponga, y al que tiene la desgracia de llegar sin haber descendido al terreno en que con convulsiones de larvas se agitan las malas pasiones, se le deja sólo en las alturas, en esas en que, en pue-

blos indígenas, si algo se siente, es la infinita tristeza del que no tiene á nadie...”

Y este funesto cáncer de la envidia ha engendrado, por reacción, otra enfermedad, y es la manía persecutoria, la enfermedad del que se cree víctima. Así como cuando uno es aprensivo es porque algún mal tiene, así, cuando en un país veáis cómo abundan los que se creen víctimas de la conspiración del silencio ó de otro vejamen análogo, estad seguro de que la envidia abunda, aunque cada uno de los quejosos no tenga derecho á quejarse.

Bien sé que los más de esos genios incomprendidos que se creen víctimas de la hostil mediocridad del ambiente ó de las maquinaciones de sus émulos no pasan de ser unos pobres mentecatos; pero esa enfermedad de creerse perseguido responde á un cierto estado social de persecución efectiva.

¡Si yo publicara las cartas todas que tengo recibidas de noveles poetillas, que se creen blanco de la envidiosa hostilidad de sus prójimos! ¡Y si publicara las de aquellos otros que se regocijan con tal ó cual palo que administré á uno de sus émulos!

Este dilema de “ó bombo ó palo”, esto es, ó adulación ó insulto, que como característico de nuestra crítica se ha señalado, eso es aún más abultado en esa América. Entre los ditirambos disparatados de los unos y los desprecios aún más disparatados de los otros, no sabe uno á qué carta quedarse. Y tanto lo uno como lo otro proceden de envidia. De envidia y de falta de comprensión.

Hablando del mestizo boliviano dice Arguedas que, "para admirar le falta educarse; para sentir entusiasmo le falta comprender".

Y esto, ¿es acaso privativo de él? Solemos pasar, nosotros y vosotros, de la falta de admiración, a una admiración ruidosa é indiscriminativa, que en el fondo no es tal admiración. El que admira sin restricciones es que no admira.

Conservo dos cartas de cierto mocito venezolano. En la una me adulaba de una manera vergonzosa, de una manera de hacer que se ruborice otro menos curtido que yo á estos engañosos halagos, y en la otra me insultaba diciéndome: "¡Español al cabo! ¡Bien sabía yo que si se le sacudiera soltaría bellotas!" Entre una y otra carta medió un brevísimo juicio, muy breve, dos líneas, de cierto libro del mocito. Y no le dolió el fondo del juicio, que nada tenía de duro, sino su brevedad.

¡Y cómo se disfrazan ese odio, esa envidia, que Arguedas ha podido observar en Bolivia y que nosotros todos podemos observar cada cuál en nuestro país, espiritualmente hermanos! "La afectividad es simulada—dice el autor boliviano—; en el fondo de nuestras frases corteses y almibaradas siempre late la envidia, la indiferencia, el odio. El lenguaje común es rico en términos afectuosos; pero se le usa de una manera inconsciente, banal. Allí nadie admira á nadie sinceramente. El temor, el respeto, el interés ó la hipocresía, nos empujan al empleo de ese lenguaje acariciador; como los meridionales, nos es

forzoso simular grandes afectos. Interiormente, la aridez afectiva, desesperante; generosidad, hidalguía, sinceridad, son términos vagos y sin aplicación, acaso altas concepciones morales, pero nada efectivas."

Volved á leer estas sencillas y terribles palabras del autor de *Pueblo enfermo*. Tienen todo lo doloroso de lo que es sencillamente verdadero. En ellas está expresada derechamente, sin rodeos y sin retórica, una verdad hija de dolorosa experiencia. "La afectividad es simulada", es muchas veces pérfida, es felina. En el fondo de frases corteses y admiradas siempre late la envidia. Es más aún: la envidia es sutilísima y muy fecunda en inventar halagos y adulaciones. ¿No habéis oído nunca elogiar felina y ambiguamente, por envidia?

Una de las astucias maliciosas que la envidia emplea es confundir en un mismo elogio á personas de muy desigual valía, es nivelar en el elogio. Hasta los elogios son sospechosos en pueblos comidos por la envidia. Suelo yo decir que aquí, cuando se oye que uno elogia á otro desmedidamente, hay que preguntar siempre: ¿Contra quién va ese elogio? Puede ir contra el elogiado mismo; puede ir contra un tercero.

Y esta horrible gangrena de la envidia, ¿de qué puede habernos venido? Yo creo que de ociosidad espiritual, y téngase en cuenta que puede tener ocioso el espíritu, ociosa la inteligencia, un hombre muy activo para procurarse la vida y hasta uno de esos á quienes se llama hombre de estudio. Así, por ejem-

plo, los eruditos suelen ser por lo común envidiosos, pero es que los eruditos mantienen su inteligencia en mal disfrazada ociosidad.

“Lo que de usted más me gusta—le dije una vez á un hombre de grandísima valía y de intensísima vida espiritual—es que no le he observado rastro de envidias.” Y me contestó: “Es que no he tenido tiempo de envidiar; me inquieta tanto el camino que tengo bajo mis pies, y tanto me atormenta la idea de adónde me llevará, que no he podido aún mirar los caminos de los otros, ni ver si en ellos avanzaron más ó menos que yo en el mío.”

La envidia es hija de superficialidad mental y de falta de grandes preocupaciones íntimas.

La envidia brota en los pueblos en que el íntimo y verdadero resorte religioso, la fe que crea y no la que vegeta parásita del dogma, se ha herrumbrado. La envidia que es hija de la ociosidad espiritual es compañera del dogmatismo. Por algo se ha hecho proverbial el *odium theologicum*. ¿Y quién no sabe que la envidia, más que la gula, más que otro cualquiera de los siete pecados capitales, es el vicio clerical por excelencia? La envidia es la roña íntima de los conventos. Y ello procede de la ociosidad espiritual.

La paz y la democracia engendran casi forzosamente la envidia. El mejor remedio contra la envidia es la guerra. Pero entiéndase bien que la guerra más eficaz es la que uno trama contra sí mismo, la gue-

rra contra el misterio de nuestra vida y de nuestro destino.

Y por lo que hace á la democracia, ¿ha habido acaso pueblo más envidioso que el ateniense, el que inventó el ostracismo? Los dioses griegos tienen envidia de los mortales felices. Es difícil dar en otra lengua la fuerza toda del vocablo helénico *phthonos*, envidia.

Las democracias son envidiosas, y por envidiosas han decretado alguna vez la abolición de los títulos honoríficos, de las distinciones, de las condecoraciones. Y se pagan mucho de ellas. Donde no hay condes ni marqueses, hay generales y hay doctores. “Como los mandarines chinos—dice Arguedas de los gobernantes de su patria—conceden gran importancia al aparato... Melgarejo tenía una capa colorada; Santa Cruz iba cargado de condecoraciones, y encabezaba sus decretos: “Andrés Santa Cruz, gran ciudadano, restaurador y presidente de Bolivia, capitán general de sus ejércitos, general de brigada de Colombia, gran mariscal, pacificador del Perú, etc., etcétera.” “Un hecho nimio—prosigue—, pero admirable caracterizador de ese estado de espíritu es el de que una de las más tenaces preocupaciones de todo nuevo funcionario de alta ó baja categoría es el de “hacerse retratar” con todas las insignias de su cargo: el presidente, con su banda tricolor y su uniforme de general; los ministros, con sus bastones embozados; los prefectos, con sus bicornios emplumados; los plenipotenciarios, encargados, atachés,

etcétera, etc., con sus casacas bordadas; el ministerial, con su pluma en ristre; los generales, con sus sables desenvainados y en actitud guerrera; los diputados, de frac y guante blanco, y así hasta lo infinito.”

Y estas formas de estrepitosa vanidad y el lujo mismo; ese lujo que estalla en las sociedades enriquecidas pero hundidas en ociosidad espiritual; ese lujo, ¿no tendrá acaso una íntima hermandad con la envidia? El otro día un joven chileno, muy culto y muy inteligente y reflexivo, me hablaba del escandaloso lujo de Santiago de Chile y me decía que ni en París, de donde él vino acá, había visto en los grandes teatros el lujo de las señoras de la oligarquía de su patria. Y recuerdo que de este mismo lujo solía hablarme el malogrado Luis Ross, de quien os tengo dicho, aquel hombre de corazón tan grande y fuerte como su cabeza. Y recuerdo más, y es que una vez hablándome del terremoto de Valparaíso, llegó á decir que acaso fué un bien si con él se lograra atajar el escándalo de la ostentación del lujo. Y entonces, oyendo á Ross eso, y hace poco oyendo á su cuñado hablarme otra vez del escándalo del lujo chileno, me acordaba de los juicios de Lastarria á que me referí antes. Y ambas plagas, la de la envidia y la del lujo, las relaciono con la ociosidad espiritual de un pueblo que, ó tiene sus creencias encarriladas ó carece de ellas, y en que la suprema aspiración es enriquecerse y hacer figura social.

Hay que decirlo alto y claro: el rastacuerismo no

deja de ser tal rastacuerismo, aunque se refine y pula. No es menos rastacuero el que se viste á la última moda de París, siempre que el vestirse así sea su preocupación suprema. En ciertos pueblos hay clases sociales para las que el lujo—un cierto lujo—es una dolorosa necesidad, es una esclavitud, como lo es para un obispo tener que revestirse de pontifical en ciertos días, ó para un capitán general tener que ponerse el uniforme de gala. El cargar con ellos puede llegar á ser hasta muestra de humildad. Hay cargos y funciones que exigen un cierto aparato, y el aceptar éste puede ser incluso señal de modestia. Pero hay un lujo, por muy refinado que sea, por muy observador de la pragmática del “buen gusto” (!!!!) preceptivo que le supongamos, hay un lujo que no es sino rastacuerismo. Da á suponer lo que sucede en España entre las campesinas de ciertas regiones, y es que sus ahorros todos los emplean en arracadas, collares, gangantillas, preseas de oro, y es que así llevan á la vista la dote. Ese lujo equivale á que las muchachas se pongan el rótulo, es decir, el precio de la finca.

Pero esto es cosa de que me repugna seguir tratando.

Salamanca, Mayo de 1909.

IBSEN Y KIERKEGAARD

El nombre de Ibsen suscita en mí desde luego el nombre, entre nosotros casi desconocido, del espíritu humano que más hondamente influyó en el suyo, el de Soeren Kierkegaard, alma congojosa que acuñó con su sello ardiente á toda la juventud espiritual de la Dinamarca y la Noruega de mediados del siglo último. Fué el crítico de Ibsen, Brandes, quien me llevó á conocer á Kierkegaard, y si empecé á aprender el danés traduciendo antes que otra cosa el *Brand* ibseniano, han sido las obras de Kierkegaard, su padre espiritual, las que sobre todo me han hecho felicitarme de haberlo aprendido.

Decía Proudhon que todo problema se reduce, en el fondo, á un problema teológico, queriendo decir, sin duda, religioso, y lo cierto es que en el fondo de la dramaturgia de Ibsen está la teología de Kierkegaard, de este corazón tan esforzado como angustioso, que presa durante su vida toda de una desesperación resignada, luchó con el misterio, con el ángel de Dios, como luchara antaño Jacob con él, y bajó al reposo final después de haber estampado con

fuego la verdad en la frente seca y fría de la Iglesia oficial de su patria.

La dramaturgia de Ibsen es una dramaturgia más religiosa que ética ó que estética en sus últimas raíces, y no es fácil que la sientan en su fuerza toda, los que no han pasado de la concepción estética y á lo sumo de la ética. Y si no lo comprendemos así aquí es porque llamamos religión á una mezcla de supersticiones mitológicas y de política.

“La cristiandad no hace sino jugar al cristianismo”, exclamó Kierkegaard, y sostuvo contra todo y contra todos su amor salvaje á la verdad, á la verdad sentida y no sólo concebida lógicamente, á la verdad que es vida, aquel noble solitario entre los hombres. Brand, el Brand ibseniano, es su reflejo en el arte dramático, y cuanto dure Brand durará Kierkegaard.

No comprendo que puedan llegar al condensado meollo de la dramaturgia ibseniana los que no hayan pasado por las tormentas espirituales por que pasó el solitario teólogo de Copenhague, suscitándolas más luego en el alma también atormentada y congojosa de Ibsen, otra víctima del mal de ojo de la Esfinge.

Inés recuerda á Brand en el drama ibseniano aquellas terribles palabras bíblicas que Kierkegaard solía recordar, aquella sentencia de: quien ve á Dios, se muere.

En las doctrinas de Kierkegaard, respecto á la relación entre los dos sexos humanos, al amor y al

matrimonio, tal como las expuso, sobre todo en su *O lo uno ó lo otro*, y en sus *Etapas del camino de la vida*, está el germen de la manera como vió Ibsen esa relación en la realidad de la vida. Pues no sirve decir que en un drama no hay doctrina filosófica ó religiosa. Podrá no haberla predicada y expuesta didácticamente, pero el autor vió la realidad que traslada á través de los cristales de una filosofía ó de una religión, y si no la vió así, no vió nada que merezca perpetuarse.

Y en estos nuestros países en que esa relación sexual se entiende y siente ó del modo más ramplón ó del modo más grosero, ó ya litúrgica ó ya sensualmente, en estas desdichadas tierras espirituales corroídas por el más infecto esteticismo proteico, la ética ibseniana tiene que ser, por fuerza, un misterio indescifrable. Donde hallan boga las patochadas de un D'Annunzio y donde el colmo de la emancipación de prejuicios es el llamado amor libre, no es posible que sean bien comprendidos, ni menos sentidos, los sacudimientos de Ibsen.

Y en los demás respectos ocurre lo mismo. Porque no es el amor sexual el eje de la dramaturgia ibseniana, y hasta en aquellos de sus dramas donde ese amor juega un papel no es fin y término único del conflicto. El hacer de ese amor la ocupación más honda de la vida es cosa que ha nacido, más bien que de la sensualidad, de la limitación mental y espiritual de los pobres pueblos azotados por el sol. Para ellos la tentación bíblica, la del fruto del árbol de la

ciencia del bien y del mal, con cuya comida se habían de hacer como dioses nuestros primeros padres, se ha convertido en tentación carnal.

Yo no sé bien en qué consiste, pero la experiencia me ha enseñado que, por acá al menos, la concupiscencia de la carne ahoga á la soberbia del espíritu.

Y los héroes ibsenianos son soberbios, prometeicos, y son castos como todo héroe.

Por aquí se siente una secreta repugnancia hacia el "pato salvaje", y lo que llamamos belleza no pasa de ser una alcahueta de la cobardía y la mentira. Lo que entre nosotros se llama arte no suele pasar de ser sino la verde capa florida que encubre y protege el charco de aguas estancadas y mefíticas portadoras de la fiebre consuntiva. Los "soportes de la sociedad" lo necesitan contra el "enemigo del pueblo". *Ne quid nimis*, repiten los miserables frente al "ó todo ó nada" de Brand.

"Quéjense otros—decía Kierkegaard—de que los tiempos son malos; yo me quejo de que son mezquinos, por faltarles pasión. Los pensamientos de los hombres son quebradizos como agujas, y ellos, los hombres mismos, tan insignificantes como costureras. Los pensamientos de sus corazones son demasiado miserables para ser pecaminosos. Un gusano podría tal vez tener por pecados semejantes pensamientos, pero no un hombre creado á imagen de Dios. Sus placeres son discretos y pesados; sus pasiones, soñolientas; cumplen sus deberes estas almas de especieros, pero se permiten, como los judíos, recortar

el dinero; se creen que aunque nuestro Señor lleve sus libros en toda regla, se le puede meter moneda falta de peso. ¡Fuera con ellos! Y he aquí por qué se vuelve siempre mi alma al Antiguo Testamento y á Shakespeare. Allí se siente que son hombres los que hablan; allí se odia; allí se ama; allí se mata al enemigo, se maldice á su descendencia por generaciones; allí se peca."

Leído esto, ¿no os explicáis la moral heroica de la dramaturgia ibseniana?

Y no hablo de anarquismo, porque éste ha llegado á ser, entre nosotros, en fuerza de tonterías y de brutalidades, una palabra sin sentido claro.

Y ahora decidme: ¿Creéis que son capaces de pecar todos esos mozos aprovechados que van para ministros ó para académicos? Sus aspiraciones son demasiado miserables para ser pecaminosas.

Y tampoco, mis jóvenes, vayáis á creer que el pecado se concentre sobre todo en el orden de la sexualidad, ¡no! No puede decirse que fuera un pecador bíblico, shakespeariano ó ibseniano aquel estúpido fanfarrón de Don Juan Tenorio, tonto á carta cabal, y si no se lo hubiese llevado á tiempo la sombra del Comendador, le habríais visto anciano respetable, defendiendo el orden, las venerandas tradiciones de nuestros mayores, la libertad bien entendida y el "pan y catecismo" y asistiendo piadoso á las solemnidades de su Cofradía. Su inteligencia de carnero no daba para más.

¿No es para honrar la memoria de Ibsen, para lo que aquí se nos convoca? ¿Sí? Pues tratemos de despertar entre nosotros, ya que estamos reunidos á su nombre, algo del espíritu de su espíritu, sin limitarnos á hablar del literato como tal mero literato, con esa pestífera indiferencia literatesca hacia el meollo y jugo ético y religioso de sus concepciones. Esto no es digno de él ni de nosotros. Eso debe quedar para los que sólo trataron de hacer arte, para los repugnantes esteticistas.

No he de hablar de su estilo, pues, ni de su técnica. No sé qué tal es su técnica teatral ni me importa saberlo. La técnica teatral y todo ese galimatías de si un asunto es ó no dramatizable se reduce á la mezquindad de buscar el cobro de trimestres. Si un drama de Ibsen gustase al público de nuestros teatros, empezaría á dudar de su excelencia.

No he visto, gracias á Dios, representado ningún drama de Ibsen; no lo he visto enfangado en el espectáculo, en compañía de un montón de hombres y mujeres que no han de morir por haberle visto á Dios la cara. No he padecido el tener que oír, saliendo de su representación, las eternas é insostenibles tonterías de si este ó el otro carácter está ó no bien sostenido ó si es ó no verosímil esta ó aquella escena.

La verosimilitud se reduce para esos señores y señoras á la vulgaridad. Ante el caso de conciencia del héroe, se preguntan: “¿Qué haría yo en semejante caso?”; y al responderse: “Todo, menos lo que

él hace”, concluyen que es inverosímil. No gustan de ver excepciones, porque la excepción les afrenta. No, no he oído al señor que acaba de estrenarse en el Parlamento—otro teatro—diciendo sí ó no como Cristo le enseña, decir, después de haber oído las palabras de fuego de Brand, que este pastor de almas noruego no es real porque él, el buen monosilabista, no se encontró jamás al recorrer el distrito con un Brand, y si pasó junto á él no le conoció, porque Brand no da votos. “La victoria de las victorias, es perderlo todo”. grita Brand, y esto no lo entienden... esos.

Hay quienes van al teatro, los más, á ver y oír lo que ven y oyen todos los días sólo que literatizado y estetizado un poco, á mirarse en el espejo de la realidad cotidiana, y por eso no voy yo allí. Los sujetos allí representados son los mismos que me están amargando y atosigando de continuo la vida. No encuentro en ésta ni héroes ni almas tormentosas, ibsenianas, y en nuestro teatro tampoco las encuentro. Las arrojaría de allí nuestra honrada burguesía á nombre del buen gusto, de ese apestoso y repugnante buen gusto. No quieren los buenos sáduceos que se les agríe la digestión nocturna.

Sea, pues, mi conmemoración hoy y aquí de Ibsen una protesta en su espíritu; una protesta contra la miserable farándula del buen gusto y del *Ne quid nimis*; una protesta contra la mezquindad de estos tiempos en España, de estos miserables tiempos españoles en que el venerando nombre de Ibsen, y con

él el no menos venerando de Nietzsche, sirven para proteger la desaprensión que se emplea en cazar destinos ó posiciones sociales.

No celebramos á un literato, no.

Ibsen, el solitario, el fuerte—"nadie es más fuerte que quien está solo", dijo Schiller y él lo repitió,—Ibsen, el gran desdeñoso—desdeñoso como Carducci, otro espíritu radiante que acaba de sumergirse en las sombras de la muerte—, Ibsen no fué lo que aquí llamamos un literato, no, no lo fué.

Ibsen forjó su espíritu en el duro yunque de la adversidad, lejos de las embrutecedoras tertulias de los cotarros literarios, desterrado y solo; solo y lleno de fe en sí mismo y en el porvenir; solo y fuera de esa llamada república de las letras que no pasa de ser una feria de gitanos y chalanés.

Ibsen no derogó, no entró en el vil cambalacheo de los bombos ni en el degradante hoy por mí y mañana por ti, sino que esperó tranquilo, no su hora, sino la hora de su obra, la hora de Dios, sin impacencias y sin desfallecimientos.

Esperó á que se hiciera su pueblo de lectores recogidos en vez de hacerse al disipado público desde luego. Y así fué su vejez, como ha sido la de Carducci, una solemne puesta de sol en claro cielo, sobre los fiordos de su patria coronados por nubes en ascuas de oro.

Su vida fué un poema dramático de bravía independencia, así como la de Kierkegaard, su maestro, había sido un poema trágico de heroica soledad.

La soledad es la solución favorita en los dramas ibsenianos, la soledad es el refugio de aquellas almas robustas y soberbias que pasan cortando el mar muerto de las muchedumbres que bajo el yugo de la rutina se ocupan en crecer y multiplicarse satisfaciendo á la carne esclavizadora y estúpida.

Salamanca, Marzo de 1907.